

---

Javier Oliva

# LA ZAPATILLA POR DETRÁS



Editorial LEDORIA

J M R

# 1

—Es un hombre fuerte —dice una mujer.

—Y viejo —le replica una voz masculina.

—Pero fuerte.

—Me gustaría pensar como tú pero ha llegado a su límite. Es inaceptable que desde hace seis meses apenas haya parado en su casa. Comportarse como un adolescente tiene un precio que, tarde o temprano, ha tenido que pagar. ¿Sabes que ha habido noches que ni siquiera ha dormido en su cama? Incluso la pared más sólida termina por agrietarse con tanto vaivén. Así que no trates de engañarte. Lleva dos años mintiéndose a sí mismo, convenciéndose de que lo había superado. Las huidas hacia delante terminan prematuramente, y casi siempre son fatales.

Silencio.

—Tienes razón. Nunca consiguió asumirlo. Quizá se haya excedido y ahora sea demasiado tarde —duda en un susurro la mujer.

—¿Quizá? No seas absurda —le reprende de nuevo el hombre con severidad—. Ese ritmo únicamente se aguanta cuando tienes veinte años, y aun así con peros.

—Estás exagerando. Tú no estás llevando una vida muy distinta y tienes bien cumplidos los cuarenta.

—Pero yo no estoy tratando de justificar mi pasado malogrando mi futuro. Además, me cuido mucho más de lo que lo ha hecho él durante toda su vida.

De nuevo hay silencio. Oigo sus respiraciones, pausada la de ella, algo más airada la de él. Parece contrariado, como si le faltara paciencia. No tarda en volver a hablar.

—¿Vamos a estar aquí toda la tarde?

JAVIER OLIVA

—¿Tienes algo mejor que hacer? —se revuelve ella poniéndose a su altura.

—Me gustaría ir a mi casa y ducharme —allana él su tono levemente—. No puedo estar aquí todo el día sin hacer nada. Es inútil, una pérdida de tiempo.

—Te enerva estar vistiendo la misma ropa más de doce horas.

—No seas absurda —y resopla como tratando de controlarse—. Lo que pasa es que no puedo verle así.

¿A quién?

—Tampoco es para tanto. Está dormido.

¿Yo? Estoy despierto. Puedo escucharlos.

—Está sedado —apostilla el hombre.

—No hay diferencia.

—Pero me impresiona mirarle.

—¿Lo ves? No eres tan fuerte como él.

—¡Qué sabrás tú...!

—No pretendas ser quien nunca serás, *Peter Pan* —le acusa ella con retintín—. Los hombres como tú son incapaces de encarar los problemas.

—Y tú no dejas de ser un avestruz que esconde la cabeza para negar la realidad.

Me desagrada la manera en la que se hablan. ¿Por qué no se apartan y me dejan seguir descansando?

—Me voy a casa. No aguanto más —concluye él.

—Preferiría que te quedaras conmigo. Cuatro oídos escuchan mejor que dos.

—¿Podemos esperar en la cafetería? —insiste el hombre.

—Paciencia.

A mí se me está agotando. ¿Por qué no dejan de tirarse de los pelos?

No soporto las discusiones, mucho menos si soy ajeno a ellas. Es de muy mala educación alzar la voz en público..., aunque quizá sea yo la única persona que hay aquí. Si hubiera alguien más percibiría otra respiración, algún movimiento, esas sensaciones inexplicables que nos desvelan la presencia de alguien y que, de alguna manera, todos conocemos. Pero no quiero abrir los ojos

## LA ZAPATILLA POR DETRÁS

para comprobarlo. Esta oscuridad es placentera. Me tranquiliza, me acoge como una madre acuna a un hijo recién nacido en su regazo.

—Al menos me dejarás salir a fumar—. El hombre persiste en su huida.

—El vicio te acabará matando.

—¿Cómo a él?

¿Cómo a quién? ¡¿Cómo a mí?!

Imposible. Yo no estoy muerto. Ellos mismos han dicho que estaba sedado. Incluso pudiera ser que tan solo esté dormido. Hay ocasiones en las que una pesadilla te envuelve de tal manera que araña tu mente hasta hacerla girones. Los sonidos que te rodean penetran en tu cabeza a través de los oídos y pasan a formar parte de tus sueños. Me ha ocurrido muchas veces cuando me he tumbado en el sofá delante de la televisión. Los diálogos de un largometraje han ido escribiendo el guion de esas imágenes oníricas que se dibujan en mi cabeza antes de quedarme dormido.

—Tardaré cinco minutos en subir —continúa el hombre.

—¿No puedes aguantar sin fumar?

—Odio las esperas.

—¿Aunque sea la última?

Tengo que intentarlo. Aprendí desde muy pequeño a despertarme cuando era consciente de estar enmarañado en una pesadilla. Lo más difícil era tomar plena conciencia de la situación pero, una vez conseguido, no tenía más que levantar los párpados y apartar —no sin esfuerzo— cualquier horrible historia que me estuviera atormentando. Aún así, recuerdo que alguna vez, incluso despierto, el mal sueño continuaba creciendo efervescente como si estuviera proyectado en una pantalla de cine. Entonces sacudía la cabeza para deshacer esas imágenes sin sentido que amenazaban con llevarme a la locura. Cuando lo conseguía, conectaba la luz de mi habitación, me levantaba descalzo para beber un vaso de agua y regresaba a la cama.

Así que voy a despertarme ahora mismo: levantaré los párpados de golpe, apagaré el televisor, o la radio, o encenderé una lámpara, y después seguiré durmiendo.

JAVIER OLIVA

Aunque... En realidad estoy tan relajado que no me apetece moverme, ni siquiera para interrumpir este mundo absurdo.

—El médico ha dicho que quizá no pase de esta noche —escucho decir a la mujer.

—Son solo cinco minutos, los que tarde en fumar un cigarrillo —insiste él.

—Quizá cuando subas haya muerto.

—Quizá ya lo esté.

¡¿Quién?!

¡Se acabó! No puedo soportarlo más tiempo. Ha llegado el momento de despertarse. ¡Ya!

¿Ya?

¿Estoy despierto...?

Sí, ciertamente lo estoy. Lo he conseguido. No ha hecho falta ni siquiera que abriera los ojos. El hombre y la mujer se han esfumado. Ahora no hay tiempo que perder. Debo asegurarme de que se han disuelto para siempre. ¡Adelante, arriba! No debo permitir que me venza la pereza.

Pero, ¿qué ocurre? ¿Por qué no puedo levantarme?

¡Oh, no...! Estoy atrapado en uno de esos sueños demasiado pegajosos. No siento mis manos ni mis pies, ni mis ojos... Creo que únicamente son mis oídos los que permanecen alerta. El resto del cuerpo parece no existir. Es una sensación tan extraña que comienza a producirme cierta asfixia. Necesito despertar definitivamente.

—Será un momento, aunque tan solo sea medio cigarrillo —parece rogarle él.

¡No! El hombre ha regresado a mi sueño. ¡Lo sabía! Tenía que haber hecho el sacrificio de levantarme.

—Baja a fumar si no puedes soportar la ansiedad, pero deberíamos estar los dos cuando venga el médico —le aconseja ella.

—Pídele que espere si aparece cuando yo esté en la calle.

—No pienses que va a someterse a nuestras conveniencias. Tendrá otras responsabilidades que atender.

¡Esta pesadilla es del todo insoportable! Tengo que librarme de ellos y de su estúpida conversación. Solo necesito un pequeño

## LA ZAPATILLA POR DETRÁS

esfuerzo. Si logro subir los párpados, ellos desaparecerán como si nunca hubieran existido. Es imperativo que su presencia se descomponga ante mis ojos... ¿Mis ojos...?

¡¡¡No tengo ojos!!! ¡Y no estoy soñando! ¡La ausencia de imágenes es absoluta! No puedo ver a nadie. Ni siquiera puedo imaginarlo. ¿Qué me ocurre? Mis manos, mis brazos, mis piernas... Todo mi cuerpo se niega a reaccionar.

—Serán únicamente unos minutos —insiste el hombre.

—Eres demasiado egoísta —y resopla ella con hartazgo—. Te da lo mismo lo que le ocurra, que venga el médico o que muera antes de que te dé tiempo a subir.

—Lláname por teléfono si hay novedades.

Oigo cómo ella se mueve por la habitación antes de dictar sentencia.

—Cada vez te pareces más a él.

¿A quién?

—Te gusta estar por encima de todos y de todo —continúa la mujer—. Pues mírale bien porque, lo creas o no, ten la seguridad de que tú también terminarás así.

—¿Qué te hace pensar eso? —la desafía.

—Eres indisciplinado, bebedor, fumas demasiado... No eres más que una burda copia, pero poco a poco te vas ajustando a su patrón. Cada vez comes peor, duermes menos y tu carácter se vuelve más huraño. Y también muestras esa soberbia inaceptable cuando hablas, como si estuvieras dictando leyes o repartiendo órdenes, unas órdenes que, curiosamente, parecen eximirte de cumplirlas justamente a ti... Solo hay una que cosa te diferencia de él.

—¿Cuál?

Eso es: ¿cuál?

—Morirás solo. No creo que nadie tenga una sola razón para estar a tu lado cuando se acerque tu final.

¿Quiénes sois? ¿Por qué estáis aquí? ¿Por qué me juzgáis?

—Tú, que tanto te quejas de él —insiste ella—, ni siquiera llegarás a alcanzar su edad.

—No me importará. A los setenta y seis ya habré vivido demasiado.

## JAVIER OLIVA

Este hombre es un idiota. Nunca se vive lo suficiente. Siempre quedan cosas por hacer, deseos que cumplir.

—Baja a fumar a la calle. ¿Qué más te da lo que ocurra? —claudica quejumbrosa la mujer—. No te va a afectar en absoluto.

—Tú también te vas pareciendo a él —le espeta el hombre—. Siempre dando consejos que tu propio ejemplo contradice.

Silencio.

Esta discusión es absurda. Ni siquiera es una pesadilla al uso porque no cumple esa sinrazón que mezcla historias esperpénticas con decenas de personajes.

¿Qué está ocurriendo ahora? Aguzo el oído para escuchar unas pisadas moviéndose por la habitación, las de él o las de ella, porque en este tipo de disputas irracionales nunca se sabe quién acaba rindiéndose y abandonando el campo de batalla. Pero no percibo nada más a mi alrededor, acaso sus respiraciones que —ahora lo advierto— se entrelazan con un pitido mecánico, corto e intermitente que ha estado acompañándonos desde que todo comenzó. Suena a mi izquierda, machacón, dejando una eternidad entre un salto y otro, como si la secuencia fuera a terminar de improviso.

—Ve a fumar —repite cansina—. Te avisaré si llega el médico.

—¿Y si muere? ¿No me avisarás?

—¿Qué más te da llegar un segundo antes o un minuto después! Ya será un cadáver.

¡Dios mío...! Alguien va a morir. La muerte le acecha de manera inevitable y ellos no quieren estar solos para afrontar su llegada. Le tienen miedo, tanto como se la tengo yo. Pero no estoy muerto. Puedo pensar y oír aunque mi cuerpo haya desaparecido. Paradójicamente, la sensación es agradable. Quizá lo que me ocurra sea un simple desmayo y haya ido a parar a un hospital. Incluso pudiera suceder que no sea yo el centro de esa discusión, que el moribundo —sea quien sea— tenga la respiración tan débil que no llegue a mis oídos. En las urgencias de los centros sanitarios reparten a los pacientes por las salas como si fuera ganado. Luego los van despachando a sus casas, o a las camas de las plantas superiores, o a la morgue en el peor de los casos. Los familiares

## LA ZAPATILLA POR DETRÁS

se arremolinan alrededor sin importarles el resto de enfermos. Cuando la vida está a punto de escribir su punto final, los que quedan aquí no hacen otra cosa que lamentarse, conjeturar y preparar excusas que tranquilicen sus conciencias.

Ahora sí oigo unos pasos alejándose y el sonido que hace el picaporte antes de abrirse una puerta. Después solo hay silencio, un silencio espeso que se rompe por ese pitido de cadencia irritante.

¿Han dicho que estaba sedado? La confusión me impide pensar con claridad. Tengo que estar atrapado en un delirio que se adhiere a mi cerebro como si fuera una garrapata. Falsea mi conciencia con un cuento imposible. ¡Despierta! Sí, eso es. Tengo que luchar por destruir esta alucinación. ¡Despierta! ¡Abre los ojos! ¡Sal de este sueño! ¡Sabes hacerlo! ¡Lo has practicado miles de veces...!

Pero es inútil. No siento mi cuerpo.

¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Estoy dormido, enfermo, desvanecido...? No logro recordar nada. La conversación entre el hombre y la mujer parece el principio de mi propia existencia, como si la nada fuera lo único anterior a sus voces, como si el universo hubiera comenzado a expandirse hace cinco minutos. Me resulta imposible escarbar en mi memoria. Ni siquiera sé cómo hacerlo. De alguna manera intuyo que antes me resultaba increíblemente sencillo revivir mis recuerdos más lejanos con una nitidez extrema. Ahora se me antoja imposible viajar hacia atrás aunque sea una hora. Es como si hubiera perdido las herramientas que necesito para seguir el rastro a mis recuerdos y traerlos a la luz.

¿Si ni siquiera sé quién soy! ¿Hombre o mujer...?

Soy un hombre. Eso sí lo recuerdo. Han dicho que era fuerte, aunque quizá estuvieran hablando de alguien tendido en una cama próxima a la mía —si es que en verdad me encuentro en una cama y no flotando en el espacio—. Desde luego, el eco de mis pensamientos suena masculino, aunque tal vez hombres y mujeres tengamos una misma voz interior que identificamos indistintamente con nuestro sexo. ¿O es que pensamos con la misma voz que una vez tuvimos?

JAVIER OLIVA

—¿Ha venido el médico? —habla el hombre después de que haya oído cómo se abre de nuevo la puerta.

—¿Acaso te he avisado?

—¿Ha muerto?

—Míralo tú mismo.

—Ni ahora ni luego —y provoca un nuevo silencio para reforzar su decisión—. En cualquier caso, hay que ir pensando en todo lo que se nos viene encima.

—¿A qué te refieres? —se extraña ella.

—Habría que avisar a toda la familia, comprobar si tenía una póliza que cubra los gastos del entierro, o si la sepultura admite más cuerpos. Podrías mirar en el correo que tiene amontonado frente a la vitrina donde guarda su colección de locomotoras. Seguramente tendrá apilados un centenar de recibos.

—Sería más práctico si me pudiera conectar por Internet a su cuenta del banco, pero no sé la contraseña. Tendré que buscarla. Sé que la tiene escrita en algún lado.

El hombre bufa como un gato.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo. Uno de los dos debería comenzar a buscar toda esa documentación.

—¿Se está muriendo y solamente piensas en revolver papeles? ¿No te das cuenta de que pueden ser los últimos instantes que le veas con vida?

—Trato de asumir lo inevitable.

—No. Tratas de distraerte haciendo cualquier cosa que te aleje de aquí.

—¡Está bien! Aunque el desenlace sea tan inminente como aseguradas, no pierdo nada aprovechando el tiempo. Y te repito que hay que enterarse si mantenía una póliza de decesos. De lo contrario habrá que contratar una funeraria, localizar la sepultura familiar en el cementerio y buscar un abogado para que mueva todo ese jaleo de la testamentaría.

—Llamaré a Eduardo. Es su amigo.

—Después de lo que le hizo no creo que esté dispuesto a ayudarnos.

—También tendríamos que avisar a Trini.

## LA ZAPATILLA POR DETRÁS

—¡Ni se te ocurra! —le corta él con el filo de una amenaza.

—Se muere. Recuerda que quizá no pase de esta noche. Y ya son las ocho. Deberíamos llamarla.

—Lo decidiremos cuando estemos todos reunidos.

¿Decidir qué?

Algo parece que se ha removido violentamente en mi cabeza, como si hubiera saltado una alarma avisándome de que mis entrañas se han contraído en un espasmo. Conozco esa sensación aunque ahora no pueda experimentarla. Me recuerda cuando era niño y estaba a punto de ser descubierto después de haber hecho alguna trastada inconfesable. Me siento ansioso, impotente, abandonado a mi suerte. El espanto y la angustia se propagan por mi interior. De alguna manera sé que no puedo permitir que escarben en mi vida. Y ellos están dispuestos a hacerlo. Ni siquiera van a esperar a que muera. No puedo permitirlo. Debo resistir, ser fuerte, pero mi cabeza no puede discurrir.

El goteo de esos hirientes pitidos electrónicos continúa lentamente a mi izquierda. Me distrae. La eternidad se dilata entre las señales intermitentes. Cada vez que se interrumpen es como si contuviera la respiración a la espera de que vuelvan a aparecer. Tienen que estar producidos por una de esas máquinas de hospital que vigila a los vivos o anuncia a los muertos. Tengo la sensación de que, en algún momento, van a transformarse en un único silbido continuo anunciando que me he ido para siempre. En realidad no sé si soy yo quien está conectado a ese artefacto porque no puedo sentir mi cuerpo, pero me gustaría que cesaran definitivamente. El vértigo me nubla la razón, me ahogo...

Se ha abierto de nuevo la puerta. Alguien, creo que ha sido una mujer, ha pedido disculpas por haberse equivocado de habitación. Mientras lo hacía he sentido de fondo un susurro. Pudieran ser pisadas de gente caminando, o hablando, o ambas cosas a la vez. Cuando la puerta se ha cerrado ha vuelto a quedar todo sumido en ese silencio espeso que solo agujerea el compás de una máquina que custodia la vida.

Una mosca zumba cerca de mí, una mosca grande, monstruosa. Ahora reconozco el sonido nervioso de ropas rozándose entre sí.

El hombre o la mujer se mueven.

—Sigue igual —le escucho decir a ella—. El médico no nos ha dado buenas noticias... .. Puede ser en cualquier momento, esta misma noche... —continúa con la voz dolorida. ¡Ah! El moscardón era un teléfono revoloteando dentro de un bolsillo—. ¿Y qué le vamos a hacer? Esperar y rezar... .. No, todavía no ha aparecido. Tenía que recoger a los niños en el colegio porque su mujer está de viaje. Sé que los ha dejado en su casa a las siete... .. Eso es lo que me da terror, que no le dé tiempo a llegar... .. No puedo hacer otra cosa que confiar en Dios. Si no lo hiciera me volvería loca. Pero cuando el médico te dice que existe una posibilidad entre mil, y que aun así le pueden quedar secuelas irreparables... .. ¿Serena yo? ¡Ay..., gracias por tus ánimos! Lo que ocurre es que ya he llorado todo lo que tenía que llorar —dice con la voz rota—. Ahora nos toca aguardar hasta que se produzca lo inevitable... .. No te preocupes, que yo no me voy a mover de aquí aunque tenga que vivir una semana con la misma ropa —continúa sobreponiéndose y recuperando el tono irónico por un instante. Sí, está junto a mí... También te manda besos... Descuida, te llamaré.

He oído un suspiro, no sé si de hartazgo o de tristeza. Ahora que todo queda de nuevo en calma creo que me resulta familiar la voz de la mujer. No podría asegurarlo, pero hay algo en ella que me transmite cercanía, como si no fuera la primera vez que llega a mis oídos. Aún así no puedo identificarla. Tiene un timbre duro y decidido. Tan pronto ataca como se defiende. Demuestra demasiado carácter, como si la delicadeza no fuera su mejor virtud. Y él no se queda atrás. Su voz es profunda y áspera, domada por el tabaco. Parece acostumbrado a discutir hasta la extenuación para someter a su interlocutor.

Es difícil pensar y ver por los oídos. Me encuentro sumergido en una oscuridad maciza como la que reina en la profundidad de los océanos. Y luego esa extraña sensación de no tener cuerpo, de carecer de brazos y piernas, de ignorar si siento dolor, o placer, o frío... Nada. Solo mente. Solo negro. Parece que toda mi existencia se concentrara únicamente en el cerebro. ¿A eso he

## LA ZAPATILLA POR DETRÁS

quedado reducido? Soy la cabeza de un reo ajusticiado en la guillotina que rebota en la cesta después de que la cuchilla la haya separado de su cuerpo, un cuerpo que ya le es ajeno pero que está ahí, junto a él.

—Son las ocho y media y aún no ha llegado —rompe a hablar la mujer.

—Se habrá entretenido con sus hijos, o estará buscando un lugar donde dejar el coche.

—El hospital tiene aparcamiento.

—Sabes que no soltaré un solo céntimo por algo que pueda conseguir gratis.

—Algún día se arrepentirá por querer ahorrar hasta en lo más insignificante. Entonces sabrá lo que es hacer frente a una factura que no se paga con dinero.

—¿A qué te refieres?

—No ves más allá de tus narices —se queja la mujer después de un soplo de fastidio—. ¿Cómo soportará haber llegado tarde por no gastar dos monedas y encontrarle ya muerto?

Dulcedo quedam mentis advenit

